

FONS STILLANS

En el silencio de las Peñas Grajeras, dos mujeres que se quieren hablan con palabras de ida y vuelta. Ambas son madres y, por serlo, sufren y aman.

—Señora, vengo a ti para pedir por mi hijo. Es tan indefenso, está tan expuesto a los peligros de la vida... Tengo miedo de que se malogre su inocencia, de que cualquier jugada del destino pueda hacerle mal. Señora, ¿qué he de hacer?

Ya ves, hijo: hoy nos toca salir con lo puesto hacia Egipto. Quién sabe qué otros peligros te acecharán mañana. Y qué alegrías, y qué maravillas te tiene reservadas la vida. Y todas las quiero vivir contigo. No llores, que lloraré yo también. Ven, anda, que Mamá te abraza.

—A veces, Señora, me rehúye, se aísla, va por libre. Creo que lo estoy perdiendo. Y siento una pena y una ansiedad que me comen por dentro. Me dice que lo deje tranquilo, que él busca otras cosas. ¿Por qué no se conforma con lo que tiene en casa?

Hijo, ¿por qué nos tratas así? Te estábamos buscando angustiados. Eres joven, no ha llegado tu hora. ¿Sabes tú cuál es la de una madre? Todas, que en todas una desespera. O ninguna porque, aunque no lo quiera reconocer, sé que en el fondo no me perteneces. En el templo te he visto tan feliz...

—Se equivoca, Señora. Se equivoca, estoy segura. Toma decisiones incomprensibles, se rodea de gente extraña; yo no sé cómo puede acabar. Quisiera rescatarle de las locuras en que se mete. ¿O no lo son? Dímelo tú.

Hijo, tus hermanos y yo hemos venido a buscarte. Tememos por ti. Sí, lo sé, tu misión... pero no acabo de comprender. Está bien, sigue tu camino y cúmplela lo mejor que sepas. Poco a poco yo iré aceptando la mía: estar cerca de ti por si me necesitas.

Con estas y otras palabras, en el silencio de las Peñas Grajeras, dos mujeres que se quieren sienten el consuelo de la oración compartida. Una, la del trono, sostiene a su hijo en la mano derecha. La otra, la del primer banco, abandona el santuario deseosa de abrazar al suyo. Las rocas que miran al Eresma destilan un agua misteriosa capaz de lavar las heridas, arrastrar los miedos y aclarar la mirada.